

LEYENDA DE POMACOCHAS¹

Tradición oral de Cajamarca

narrada por Félix Valle²



En el distrito de Pomacochas, su capital Florida, en la provincia de Bongará, departamento de Amazonas, hay una enorme laguna. Dicen que será aproximada a unos doce kilómetros; su forma es redonda, con totorales a su alrededor. Navegan muchas canoas y balsas; el pueblo de ahora está casi a la orilla.

En siglos pasados dicen que era una tribu muy rica, que sus edificios y fortalezas eran todo adornado con oro y plata, también diamantes y piedras preciosas. Sus habitantes eran naturales y todos una sola familia, solamente Valles eran sus apellidos. Tenían un gobernante que ordenaba en ese pueblo.

Pero en ese tiempo dicen que no había camino como ahora, que tenían solo entrada y salida por dentro de los cerros, que iban al Cusco y a Kuélap, que visitaban al Inca.

Dicen que a ese pueblo no iba ninguna persona particular, al menos pobres no penetraban sin permiso del capazote. Y dicen que tenía el pueblo su luz propia de piedras muy brillantes que alumbraban a todo el pueblito; sus piletas y grifos de agua eran todo de oro: querían imitarlo a sus casas del Cuismanco antes de los incas.

Su costumbre era sin compasión y sin caridad, porque era una sola familia, un solo gremio. Se alimentaban casi solo de la caza y algunos frutos del campo.

En aquel tiempo, antes que se hiciera la hermosa laguna —dicen que conversaba una viejita llamada Tomasa Valle, que también era de ese pueblito, de la misma familia—, un día, como a las tres o cuatro de la tarde,

1 Tomado de Mires Ortiz & Dammert (1992).

2 Félix Valle, de trescientos años o algo más, era hijo de la vieja Tomasa. Se lo había contado a un señor shilico, Marcelino Chávez, de 90 años. El relato fue recogido por Raymundo Silva Chávez de Cortegana. (Nota del texto original).

pasó un viejito con su perrito por una calle, se dirigió al centro del pueblo, pidiendo, al que hallaba en sus casas, comida para su perrito. Y le negaban. Le decían:

—¡No hay para ti y qué será para tu perro más feo que vos!

Entonces ya se acercaba al centro, donde era más bonito el pueblo y le prohibieron los que vigilaban, porque para ahí no ingresaba ninguna persona particular, y qué sería un viejo inútil con perro. Entonces se regresó por la misma calle, y la señora que cuenta ya lo había visto pasar, pero no había hablado con ella. Entonces ya era más tarde, medio se hizo oscuro. Y llega a la señora y dice:

—¿Algo tiene de comidita que me venda para mí y mi perrito?

La señora no tenía nada, solo una gallina. Y le dice:

—Ahora no tengo nada, pero tengo esta gallinita. Lo pelaré al momento, espere un ratito...

El viejito le dijo:

—Ya va a llover en este momento.

La vieja tenía bien arriba su choza, sus animales medio lejos. El viejito le dijo:

—Agarra la gallina y ándate a matarlo arriba en tu choza, porque ahorita llueve y se tapa este pueblo maldito. Te vas sin mirar atrás, llegas a tu choza, pelas la gallina y las plumas no lo botes; la carne la metes en tu olla y me verás en la mañana por allí. No lo prepares para ahora. Pero rápido ándate arriba, ya se va a derramar la lluvia. En la mañana, antes de mirar la gallina que has pelado, ni mirar la casa de tu pueblo, mudas tus animales y haces tu caldo de otra cosa, no de la gallina. Tomando tu caldo sales de tu choza, miras tu pueblo cómo ha amanecido y te vuelves adentro a tu choza, miras las plumas y tu olla con la gallina. Verás la recompensa de los que no saben hacer caridad. Yo en ese momento llegaré para darte tu recompensa.

Así se acostó la señora pensando en lo que le había dicho el viejito. Y siempre oraba al Intiraymi y a Mamaquilla, que era el sol y la luna.

Antes que amaneciera ya estaba despierta. Rezó y se levantó. No miraba a su casa del pueblo. Se fue a sus animales, igual como le había dicho el viejito. Avanzó en todo para poder mirar su pueblo. Tomó su caldito y salió de su choza para mirar su casa. Y lo vio: era una sola laguna que hasta ahora permanece.

Lloró la vieja de pena y se fue a mirar la olla donde estaba la gallina pelada. Halló una bola de oro con todo olla. Miró a las plumas y era un montón todito de plata. La vieja no sabía qué hacerse, porque ella vivía sola, no tenía ni hijos ni criados.

En eso que se estaba acabando la vida apareció el viejito, pero ya sin su perro. Le dijo que no tuviera pena por su pueblo, que eso pasó porque la gente no tenía caridad. Le dijo:

—Ahora vos vivirás acá. Desde tu choza toda esta parte alta es para ti. Yo te lo doy porque yo soy el dueño, y vos por demostrar tu caridad te has salvado.

Le entregó todo el fundo de Corobamba. ¡Qué no lo podía andar para conocerlo su terreno!

Entonces el viejito se fue. Ya no quería comer nada.

La vieja se quedó en su hacienda. Dicen que vivió muchos años y tuvo dos hijos. A uno le dio la parte alta y al otro la parte baja. Pero la laguna siguió permaneciendo.

En esa laguna dicen que hay una sirena que cuando ya quiere tentar, canta en el canto de la laguna, pero muy bonito. Pero no lo entienden lo que dice en las canciones. Dicen que una vez se hundió una canoa con cazadores de peces; eran de familia rica. De eso no hace más de veinte años. Y solicitaron buenos nadadores para buscarlos. Vinieron de Holanda y de Alemania, pero no hallaron los cadáveres, solo hallaban rocas de oro. Que la laguna es muy profunda, que tiene brazos por dentro de la tierra.

